

Homilía de San Pedro y San Pablo, Apóstoles

Año litúrgico 2013 - 2014 - (Ciclo A)

“Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”

Pautas para la homilía

La misión de la Iglesia

Celebrar hoy la fiesta de los apóstoles Pedro y Pablo en España es hacerse una pregunta por la salud actual de la fe católica en España. Los otros han realizado bien su oficio de secularizar a España. Y nosotros ¿en qué nos hemos equivocado? Siendo conscientes que somos un pueblo herido en su fe, ¿qué tiene que hacer la Iglesia en España? ¿Nos conformaremos con ser un grupo cada vez más pequeño o nos lanzaremos otra vez con el poder de la palabra y la unción del Espíritu Santo a la evangelización de España? Sigamos los ejemplos de San Isidoro de Sevilla, Santo Domingo de Guzmán, San Ignacio de Loyola, y los evangelizadores de América y Asia.

Ésta es hoy la palabra de vida: la misión de la Iglesia es evangelizar, hacer discípulos y perdonar los pecados, para que el encuentro con Cristo sea el encuentro con la vida eterna. Pero no se evangeliza con nuestros proyectos pastorales, sino sobre todo con la fuerza de la palabra, pues el que se conforma con jugar con los problemas o sentimientos de las personas podrá ser admirado, pero nunca imitado. Es tiempo, pues, de oración para no sucumbir ante los problemas y poder dar la vida de Jesucristo. El cristiano vive siempre en la tierra mirando el cielo, pues el que no espera la vida del más allá siempre lucha por una buena vida acá. En fin, si estamos llamados a evangelizar y a celebrar, necesitamos rezar, porque la palabra, que transmite la vida eterna, nace siempre de la contemplación y del ejemplo de la propia vida.

Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios.

En la primera lectura, **Misa de la Vigilia**, tomada de los *Hechos de los Apóstoles*, 3, 1-10, nos sorprende la respuesta de Pedro y Juan al pobre paralítico, cuando entraban para rezar en el Templo la oración de la tarde: “**No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te lo doy: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda**” (*Hech. 3, 6*). Sepamos que estamos obligados a dar a los hombres algo más que palabras; hemos sido enviados a dar a Jesucristo y su vida, que es salvación. En la **Misa del día**, se proclaman *Hechos de los Apóstoles*, 12, 1-11, mostrando el poder de la Iglesia en oración incesante por Pedro encarcelado. “**Ahora sé realmente que el Señor ha enviado a su ángel para librarme de las manos de Herodes y de toda la expectación del pueblo de los judíos**” (*Hech 12, 11*). Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios.

La predicación es fruto de la contemplación

En la segunda lectura, **Misa de la Vigilia**, se proclama *Gálatas 1, 11-20*, donde Pablo, aludiendo a su conversión, dice que la predicación la aprendió, no de hombres, sino por revelación divina. Con razón, la predicación es fruto de la contemplación, pues el poder de la palabra no es la razón, sino la gracia de Dios. En la **Misa del día**, Pablo, mirando lo que ha sido su vida, combatir manteniendo la fe, confiesa su confianza en que el Señor le hará justicia y le librará de todo mal, llevándole a la salvación de la vida eterna.

La vida cristiana es vida de amor

En el Evangelio, **Misa de la Vigilia**, la liturgia nos ofrece las tres famosas preguntas de Cristo a Pedro, ¿me amas? ¿Son tres preguntas en relación con las tres negaciones o en relación con el dar la vida por las ovejas que es lo propio del pastor que glorifica a Dios? Pedro, preocupado, dice: “**Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo**”. La vida cristiana es sobre todo vida de amor, que nace de la fe, o seguimiento de Cristo con la cruz, pues no hay otro modo de seguir a Jesús. En la **Misa del día**, el evangelio nos presenta la pregunta decisiva sobre quién es Jesús y la confesión de Pedro: “**Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo**”. Y entonces Cristo le declara: “**bienaventurado eres tú, porque esto no te lo ha revelado la carne, sino mi Padre que está en los cielos**”, y le promete que sobre él edificará su Iglesia, dándole las llaves para que lo que ate en la tierra quede atado en el cielo y lo que desate en la tierra quede desatado en el cielo.



Fr. Pedro Fernández Rodríguez
Convento Santa María Maggiore (Roma)